

PREGÓN DE SEMANA SANTA

HUÉSCAR 27 DE MARZO 2011

Por D. José Luis Gutiérrez García

Soy consciente de la no ligera responsabilidad que impone el pregonar la Semana Santa de Huéscar, Semana Santa, que se halla tan indisolublemente unida a la consolidada piedad de los fieles católicos de esta Ciudad. Soy asimismo consciente de la situación en que vivimos hoy en España, en Europa y en todo el mundo ya globalizado. Situación que no dudo en calificar de insólita y para nuestra fe, amenazante. Situación, que me ha aconsejado orientar, dentro de mis limitaciones, cuanto he de decirles en este pregón, conforme al carácter sacro del mismo y como ayuda para mantener firme nuestra fe ante los retos que la época nos presenta.

Aprecio sobremanera la probada religiosidad popular de nuestro pueblo en general y en particular de esta más que milenaria Ciudad, religiosidad que tiene en este tiempo fuerte del Año litúrgico -Cuaresma preparatoria de la Pascua- su máxima expresión. Ofrecen, y son, en efecto, los desfiles procesionales por nuestras calles ocasión de recordar con devoción honda las fechas cumbres de nuestra Redención, los días del Triduo sacro, el recuerdo hecho imagen, herencia de siglos, mirada entrañable, y afirmación santamente socializada en esta Ciudad, de la Pasión, de la Muerte y de la Resurrección del Señor Jesús.

Riqueza espiritual y herencia multiseccular de nuestra Semana Santa, que es una de las grandes cosas serias, que vivimos como cima de la fe de nuestros pueblos, y particularmente de esta ciudad de Huéscar.

Me acojo al amparo de las dos mártires y vírgenes, santa Alodía y santa Nunilón, patronas de Huéscar, cuya Memoria ha sido reconocida explícitamente en la nueva edición oficial críticamente revisada, del Martirologio Romano, que ha sabido respetar con acierto el fidedigno testimonio hagiográfico del mártir mozárabe y campeón de la fe católica San Eulogio de Córdoba, autorizado conocedor de cuanto recogió en su Memorial de los mártires.

Los cinco bloques del Evangelio

Permítanme que me acerque, y nos acerquemos, paso a paso, al recinto sacro del tema que he de desarrollar ante ustedes. Me acerco y nos acercamos, con el libro de los cuatro Evangelios en la mano.

En los Evangelios tenemos los cristianos varios bloques, varias grandes canteras, varios filones sobremanera ricos, riquísimos a fuer de divinos, abiertos todos ellos a nuestra consideración, contemplación y vivencia. Brevemente los enumero y sucintamente los explico.

Primer bloque: las autodefiniciones del Señor. Yo soy el pan de vida (Jn 6,35). Yo soy la luz del mundo (Jn 8,12). Yo soy la puerta (Jn 10, 7.9). Yo soy la resurrección y la vida (Jn 11,25). Yo soy la vida (Jn 15,5). Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). Y el "Yo soy", del prendimiento en el huerto (Jn 18,5), que tiene resonancias del "Yo soy" de la revelación del Sinaí.

Segundo filón: las conversaciones del Señor. Unas descritas, otras meramente apuntadas. Descritas: Con Nicodemo, en Jerusalén, de noche (Jn 3). Con la samaritana, al mediodía, junto al pozo de Jacob (Jn 4). Por la tarde, con los dos discípulos desalentados, camino de Emaús. Apuntadas: con Simón, el fariseo que le invitó a comer (Lc 7,40). Con sus apóstoles, al retirarse con ellos al desierto (Mc 6, 31).

Tercera cantera: los milagros. Tanto sobre la naturaleza como sobre el hombre. Sobre la naturaleza: En Caná, el agua en vino (Jn 2). En el lago, calmando la tempestad (Mc 4,). La multiplicación de los panes (Jn 6). Entre los hombres, los milagros físicos -las curaciones- y los milagros morales -las conversiones-.

Cuarto retablo: las parábolas. Las del lago; las de la misericordia; las de la vigilancia; y las de la responsabilidad por los dones recibidos.

Y quinto bloque -estamos llegando a nuestro recinto- : el de los grandes sermones. El de la montaña (Mt 5-6); el eucarístico (Jn 6); el de la última Cena (Jn 13-17). Y es aquí, en este quinto bloque, donde se alza el último sermón del Señor, el sermón de la Pasión, de la Muerte y de la Resurrección del Señor.

Hemos llegado a la puerta de nuestro recinto sacro. El sermón de la Semana Santa, culmen del Año Litúrgico. La conmemoración del Triduo Sacro. El sermón supremo del Verbo de Dios, del Unigénito del Padre, hecho Hombre.

El sermón de la Cruz

Son sus palabras y sus silencios de aquellas horas los que lo integran. Sermón por las siete Palabras en la cruz. Sermón por sus palabras a las santas mujeres camino del Calvario (Lc 23,27-28), ante Caifás (Mt 26, 64) y ante Pilato (Jn 18 28ss). Sermón por sus silencios ante Anás (Jn 18) y ante Caifás (Mc 14,61), ante Herodes (Lc 23) y ante Pilato (19, 9). Y sermón entrañable por la Madre Dolorosa que deja Jesús al cuidado de Juan.

He calificado la Pasión, la Cruz como sermón del Señor. Nos los advirtió y advierte expresamente San Pablo, cuando habló del "*verbum crucis*", de "la palabra de la cruz" (1 Cor 1,18). La cruz como último sermón del Señor, postrer sermón del Verbo encamado sujeto al tiempo de la historia.

Este pregón de la Semana Santa en la ciudad de Huéscar no puedo encauzarlo sino como sermón, para ustedes y para mí. Porque esta insuprimible palabra de la Cruz permanece, con toda su potencia sonora y su eficacia santificadora, por encima de todos los vaivenes de la historia. Ayer, hoy y mañana. Recuerden el anuncio de Jesús. Los cielos y la tierra pasarán. Mis palabras no pasarán (Mc 13,31 y Mt 24,35). Perseveran todas y muy singularmente la de la

Pasión y Resurrección, por ser ella la suprema y definitiva palabra del Señor, su postrer sermón, su última enseñanza, al redimir desde la cruz, con su muerte, a toda la humanidad. "*Verbum crucis*" y asombroso "*mysterium crucis*", por ser la divina evidencia del amor de la santísima Trinidad al hombre.

Hoy día estamos presenciando el espectáculo de los muchos intentos ideológicos, efímeros por incompletos, de definir al hombre. La definición plena, permanente, del hombre está en la cruz de Cristo. Porque en ella, en Jesús crucificado y muerto y luego resucitado, el hombre ha quedado definido como un increíble y real misterio del amor de Dios. Dios ama al hombre. A toda persona humana. El hombre es un ser, el único de la creación, amado individualmente, personalmente, singularmente por Dios. Como dijo el Señor, "*nominatim*" (Jn 10,3), es decir, Dios conoce, cuida y ama a cada uno por su propio nombre (Sal 8), Y siempre desde su concepción hasta su muerte.

Nuestra Semana Santa, con sus procesiones, sus pasos, sus cofradías y hermandades, con el fervor devoto de nuestros pueblos, es como un eco religiosamente socializado de esta permanencia de la cruz salvadora, de este magno sermón de la Pasión, de esta proclamación divina del amor que rodea, envuelve y satura al hombre. "*Stat crux, dum volvitur orbis*", permanece enhiesta la cruz, el mensaje de la palabra de la cruz en medio de las vicisitudes del mundo.

Y me pregunto, ¿qué nos sigue proclamando también hoy ese sermón, esa divina palabra desde el sagrado madero? Porque, repito, la cruz nos sigue dando una lección, continúa emitiéndonos un mensaje, permanece como llamada que ninguna fuerza humana puede acallar.

El perdón de los pecados

La cruz, primera consideración, nos sigue hablando del perdón de los pecados. El perdón de los pecados es una de las grandes sílabas que constituyen la Pasión del Señor, la palabra de la cruz. En ella, en la cruz, está clavado Jesús, única "*spes peccatorum*", la esperanza única de los pecadores, y todos somos pecadores. Y junto a la cruz, en pie, está Ella, la Virgen, la Madre dolorosa, la "*Refugium peccatorum*", el materno refugio de los pecadores. El Redentor único, Jesús, y la única suprema intercesora, María. San Pablo nos lo recuerda: "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándole sus pecados y poniendo en nosotros la sentencia de la reconciliación". Porque, y aquí está el asombro inmenso, humanamente inexplicable, divinamente justificado, ante el misterio de la divina cruz redentora: "A quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que en Él fuéramos justicia de Dios" (2 Cor 5, 19.21).

No olvidemos la palabra, que Jesús repitió vanas veces, mientras le crucificaban: "Padre, perdónales, porque no saben lo que están haciendo". Y la que dijo al buen ladrón, al malhechor que confesaba su crimen y reconocía la realeza divina de Jesús: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23,43). En la cruz estaba clavado el Buen Pastor y desde ella sigue llamando y perdonando a cuantos se le acercan con el corazón arrepentido. Porque el Verbo

de Dios, el Unigénito del Padre, se encarnó para buscar, para recoger, para sanar, para cargar sobre sus hombros a todas y a cada una de sus ovejas perdidas en la maraña del pecado. La cruz no aleja. La cruz atrae. La cruz abraza al pecador, porque en ella y desde ella y con ella el Padre del hijo pródigo se adelanta, corre a pesar de estar físicamente inmovilizado, para abrazar con los brazos clavados al hijo pecador que se allega a Él. No olvidemos que como recuerda san Lucas, todos los pecadores y todos los publicanos se acercaban a Jesús para oírle (Lc 15,1). Y para oírles estaba en la cruz y para abrazarlos sigue estando ahora glorioso en el sacramento de nuestros sagrarios.

Nadie desespere. La puerta de la confianza en el perdón sigue abierta. La puerta es estrecha, pero también amplísima, porque la Puerta es Él, fuente del perdón. Que nadie olvide el aviso del Señor: había venido para llamar y acoger no a los justos, sino a los pecadores. Son los enfermos, no los sanos, los que necesitan médico (Lc 5,31-32). Pero viene al pecador y le habla para que se arrepienta y se tome a Dios. Porque si la oveja, extraviada, malherida y fácil presa del lobo, rechaza la ayuda que el Buen Pastor le ofrece, es ella la que se niega al perdón ofrecido y se condena a muerte. Y Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva (Ez 18,23 y 33,11).

Aquí tenéis a vuestro Cristo del Perdón, esa bendita imagen donada por una madre que supo perdonar de corazón a los asesinos de su hijo. Ayer siguieron, hoy siguen, y mañana seguirán acercándose a Cristo crucificado no pocos arrepentidos, cuya conversión no pasa a los medios de información, pero queda recogida en el silencio de los confesionarios y sobre todo en el libro de la vida que se guarda en el cielo.

Al pasar por nuestras calles en estos días de la Semana Santa el árbol de la cruz, Jesús crucificado sigue proclamando el perdón de los pecados y continúa llamando con la voz de sus labios moribundos, con la corona dolorosa de las espinas, con sus pies y manos destrozados, con la fatiga de su sed y de su postrero jadear, y con la caída de su divina cabeza al expirar, sigue llamando, muerto en su humanidad y vivo en su divinidad, al pecador que lo contempla.

Estoy ante un auditorio de fieles cristianos. Y quiero concluir este primer tramo del pregón con una apelación breve a la misericordia divina. En Dios todos los atributos son iguales, porque todos ellos se hallan unificados, concentrados, con total igualdad, en la simplicidad eterna de su sustancia divina unitaria. Pero nosotros tenemos que hablar de los atributos divinos, distinguiéndolos, con obligada distinción de razón, como si fuesen divinos departamentos diferentes. Y así distinguimos entre su justicia y su misericordia. Pues bien, en el ejercicio de su divina justicia, cuando la justicia divina se dirige al pecador arrepentido, esa justicia se encuentra, me atrevo a decir que tropieza con la cruz de Cristo, se halla ante la sangre redentora del Verbo encarnado, y la justicia divina queda parada, vencida, sustituida por la divina misericordia, que es la expresión máxima de la misma justicia divina. Este y no otro es el testimonio conjunto de las palabras del Señor, de la frecuente oración confiada del salmista y del anuncio misericordioso de los profetas. En el Calvario está levantado el divino monumento de la misericordia del Señor con el pecador arrepentido.

La lección de la paciencia

Pero hay una segunda gran lección en este sermón o concentrada palabra de la Cruz. La de la paciencia, la del sufrimiento, aceptados y soportados con amor a ejemplo de Jesús crucificado.

En la cruz Jesús, Verbo de Dios hecho hombre, ocultaba su poder, su omnipotencia divina, su divinidad. Mostraba la paciencia, la fortaleza, el aguante, en la aceptación de sus terribles dolores y de su muerte en obediencia al Padre. Como hombre se mostraba en la cruz, impotente, condenado, quien como Dios se ocultaba en la cruz. La cruz era y es escuela de paciencia, paciencia que a su vez es la expresión más alta de la gran virtud de la fortaleza, porque ésta no se muestra tanto en el acometer cuanto en el aguantar, en el soportar.

Paciencia en el huerto, Getsemaní; paciencia en la casa de Anás y en el palacio de Caifás; paciencia en el pretorio; paciencia en la flagelación y ante Barrabás; paciencia ante la corte de Herodes; paciencia en la Vía Dolorosa; paciencia infinita al ser clavado; paciencia al ver a su fidelísima Madre junto a Él; paciencia ante el misterioso abandono interior que experimentó en la cruz; y paciencia para morir quien era la eterna y por ello inmortal Vida divina.

Ahora bien, entre las figuras de la Pasión aparece una, que quiero traer a nuestra memoria. Me refiero a Simón de Cirene, el Cirineo. Obligado por el centurión, ayudó a Jesús a llevar sobre su espalda el madero de la cruz (Mt 27,32). Al principio, a la fuerza. Luego, con resignación. Y finalmente, con amor, tornó sobre sí la cruz camino del Calvario.

Late en ese pasaje evangélico toda una lección de paciencia y fortaleza ante la adversidad y las cruces de cada día. Todo cristiano prolonga en el tiempo la presencia, la asistencia de Simón de Cireneo Todos estarnos llamados a ser Cirineos del Señor. Nos lo recuerda San Pablo, al advertimos que debemos participar con nuestros sufrimientos diarios, y subrayo lo de diarios, en el cupo que falta a la integridad de la Pasión del Señor. En cuanto ésta requiere nuestra colaboración, nuestra participación. Buen conocedor de cuanto supone de entrega abnegada y de espíritu de sacrificio la vida cristiana, el gran convertido de Damasco hizo una primera advertencia: "Es cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros". Y a esta advertencia comparativa, que tiene aires de previsión confortadora, había antepuesto la necesidad de padecer con Jesús: ""Somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo, a condición de que padezcamos con Él para ser con Él glorificados" (Rom 8, 17-18). En su carta a los Colosenses hace constar la justificación de ese necesario "compadecer con Cristo": "Me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24). Y completó este cuadro de la paciencia con una última pincelada: "Nos gloriamos en las tribulaciones, porque sabernos que la tribulación produce la paciencia; la paciencia una virtud probada; y la virtud probada, la esperanza" (Rom 5,3-4).

San Pablo esclarece, confirma, ilumina nuestra función de cirineos, como colaboradores, cooperadores, ayudantes de la obra redentora del único Salvador, Jesús, en la cruz. Misteriosa y real colaboración. La anunció el propio Señor. El que quiera seguirle, quien quiera ser su discípulo, debe cargar a diario con la cruz del sufrimiento, negándose a sí mismo, en paciencia y esperanza (cf. Lc 9,23). A diario. Es esta una de las muchas y graves y consoladoras lecciones que se aprenden al pie de la Cruz. La fortaleza y su hija la paciencia, ante las inclemencias de

fuera y las pruebas interiores, es una de las disciplinas capitales, que el Señor impartió en el Calvario y sigue impartiendo desde el sacrosanto sacrificio cotidiano de la Eucaristía.

El pasaje de san Lucas, al que acabo de aludir, encierra una lección, inadvertida con frecuencia, sobre el ámbito de la cruz que debernos portar. Habla, en efecto, de "cada día". Dato temporal. Añade un segundo dato esencial, el de compañía: "Que me siga, conmigo, en mi compañía". Designa el instrumento, la cruz de cada uno, "*cruceam suam*". Y concluye con la condición o más bien causa previa: "Niéguese a sí mismo", no se busque a sí mismo. Esta cruz diaria con Jesús crucificado y con el ejercicio de la abnegación igualmente diaria es la que nos ofrece la vida cada día para cumplir lo que san Pablo nos indicaba. La eficacia santificadora, crucificante, de las cosas pequeñas, y grandes, de cada jornada, unidas al sacrificio de la cruz.

La adoración de Jesús crucificado

La proclamación del perdón y la lección de la paciencia tienen en este sermón de la Semana Santa, es decir, del Calvario, una tercera enseñanza que abarca las dos anteriores. Lo anunció el Señor. Todos conocen la ocasión. Había resucitado a Lázaro. El sanedrín decidió eliminar a Jesús. Había entrado en Jerusalén entre las aclamaciones de los que le venían acompañando en su última subida a Jerusalén. Y varios prosélitos griegos manifestaron a los Apóstoles que querían ver a Jesús. Y es entonces cuando el Señor, entrando en la Ciudad Santa, pronuncia la palabra que paso a comentar: "Cuando Yo fuere levantado de la tierra, atraeré todos hacia mí, a mí" (Jn 12,32). Y lo dijo, como advierte san Juan, "indicando de qué muerte había de morir" (Jn 12, 33), en la cruz. Al ser crucificado como hombre, el Padre entregaba al Hijo, por nuevo título, el dominio universal sobre todo, la plenitud del universo -"*omnia*", todas las cosas -y la totalidad del género humano -"*omnes*", todos los hombres -.

Lo había previsto, lo había anunciado con anterioridad. En la conversación con Nicodemo (Jn 3,14). Y en el templo, "cuando todo el pueblo venía a Él" para oírle (Jn 8,28). Desde la cruz, el Verbo encarnado, el Unigénito del Padre hecho hombre, ha adquirido con nuevo título el dominio sobre la humanidad. Lo reconocerán o no los hombres, pero tal disyuntiva en las respuestas, no borra el señorío universal, que el Padre le ha concedido por su sacrificio en la cruz. Esta es la realidad más honda del Calvario. Muere la Vida y con su muerte dio de nuevo la vida a los muertos por el pecado heredado y por los pecados personales. En la muerte, la Vida. En la humillación, la gloria. En el abatimiento, la exaltación. En el humano menosprecio, la alabanza y el seguimiento no ya de millares, sino de millones de santos.

La liturgia romana ha sabido dar a esta realeza del Señor en la cruz el debido relieve con el rito de la adoración de la Cruz el Viernes Santo. "He aquí el madero de la cruz, en el que estuvo colgada la salvación del mundo". Y nos arrodillamos ante la cruz. Esta es la realidad, que quiero subrayar. Porque si siempre ha merecido la cruz la veneración de los fieles cristianos, hoy hemos de acentuarla con una mayor intensidad de fervor. La cruz es nuestra gloria. La cruz es la gloria de la humanidad. Es ella la única esperanza. En ella está la salvación y la mayor gloria de Dios. No hay horizonte abierto para el hombre si no es en ella.

Hay una palabra en el profeta Isaías, capítulo 45, 23, que tuvo su cumplimiento en la cruz. "Se doblará, se postrará ante mí toda rodilla y toda lengua rendirá homenaje a Dios" y todo el universo, el cielo, la tierra y los abismos se arrodillarán ante el Dios de Israel. Consignó la realización de la profecía y precisó su verificación en la cruz san Pablo: "Cristo se humilló hecho obediente hasta la muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame que Jesús es Señor para gloria de Dios Padre" (Fil 2, 8-11).

Y subrayo y reitero y repito esta realidad, porque actualmente padecemos el escándalo de una *cristofobia* -eliminación de su nombre bendito en toda manifestación pública- y de una *estaurofobia* -odio al crucifijo, retirada de crucifijos de los espacios públicos- y de una *eclesiofobia* -la Iglesia en las sacristías, sin presencia alguna en la vida pública-, escándalo ante el cual no podemos, no debemos permanecer indiferentes. Se cumplen de nuevo la denuncia y el canto de san Pablo, que no pueden borrarse: "Los judíos piden señales, milagros; los griegos buscan sabiduría; nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura, necedad para los gentiles: mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos". Y concluye con un epifonema de triunfo en la humillación de la cruz: "Porque la locura de Dios - impresionante expresión- es más sabia que los hombres; y la flaqueza de Dios, más poderosa que los hombres" (1 Cor 1,22-25).

Los israelitas, liberados de Egipto y camino de la Tierra prometida, cayeron en la apostasía del becerro de oro. Es tentación siempre presente en la historia del pueblo de Dios salvado por la Cruz. Amplias zonas del mundo actual y singularmente de Occidente, intentan suprimir la Cruz redentora del hombre y eliminar el señorío universal del Señor, de Jesús, del Verbo de Dios encarnado, muerto y resucitado. Nuestras procesiones tienen que ser, no lo olvidemos, proclamación pública de la gloria de la Cruz, enriquecida con la sangre del Rey de reyes, como reza la salmodia latina, árbol sobremano hermoso y resplandeciente, cruz bienaventurada, en cuyos brazos, como en una balanza, estuvo suspendido el Cuerpo del Señor para, con el peso infinito de su sangre, arrebatarse al infierno su presa, la humanidad caída en el pecado.

En el sermón del Calvario la gran palabra de este tercer momento del desarrollo, es la de la adoración. Es la veneración del pueblo en las estaciones del Vía Crucis. Te adoramos. Cristo, porque con tu santa Cruz redimiste al mundo. Adorar es siempre la gran expresión del hombre ante la inmensidad infinita de Dios. Es el precepto del Antiguo Testamento recordado por el Señor Jesús en el monte de las tentaciones. Y es el acto primario reverente del dar a Dios lo que es de Dios.

En nuestra Semana Santa todo nos recuerda este gratísimo y obligado culto de adoración a Dios, a Jesús, que tanto ama a cada hombre, que no contento con morir una vez en la Cruz, se entrega a diario de nuevo a cada hombre en el sacrificio incruento de la Misa. En la Cruz, Jesús recibe de los cristianos el homenaje de la adoración que como a Dios se le debe y el acto continuo de agradecimiento que como a Redentor estamos obligados a presentarle.

Junto a la cruz, María la Madre

Perdón, paciencia y adoración, tres palabras del sermón que desde la Cruz hizo el Señor a su pueblo y sigue haciendo, continúa pronunciando, desde la Cruz, a todas las generaciones de los cristianos. Pero hay algo más. O mejor dicho alguien más. Junto a la Cruz de pie está María, traspasada de dolor, la Virgen Madre de Dios como Madre de Jesús.

Habrán observado ustedes, sin duda, que en el conjunto de nuestras imágenes procesionales hay dos con destacada y natural preponderancia. Están sí Pilato, los sayones, los soldados, las santas mujeres, San Juan evangelista, Santa María Magdalena, el Cirineo y en algún paso, dormidos, los Apóstoles. Pero son Jesús crucificado, el Hijo; y María, la Madre, corazón traspasado por la espada del dolor, los que obtienen una justificada presencia máxima en la colina sacra de los pasos procesionales. Me detengo en la Madre dolorosa, tan venerada y tan entrañablemente querida en nuestra Andalucía, la tierra de María Santísima.

Vuestra Virgen del Mayor Dolor, con su procesión penitencial de silencio y descalcez, vuestra María Santísima de la Soledad Coronada, vuestra Señora de la Aurora, y los pasos de Nuestra Señora de la Piedad y de María Santísima de la Esperanza son convincente muestra de vuestra sabia y santa piedad para con la Madre dolorosa, que en el Calvario, por boca de su Hijo moribundo, nos recibió como hijos y la recibimos como Madre en el Apóstol san Juan.

La Virgen María no es redentora, no es corredentora. Sólo hay un redentor, Jesús. María es, eso sí, la suprema e inigualable intercesora universal, la gran Medianera universal, como Madre, en la distribución de la gracia redentora. En la Semana Santa su presencia es fundamental. Madre dolorosa cual ninguna, es lección, consuelo, ayuda, alivio para tantos dolores de tantas madres, que sufren en el silencio dolorido de su corazón la muerte de sus hijos. Y la Virgen, que no es omnipotente por sí misma, ya que la omnipotencia es atributo exclusivo de Dios, es, sin embargo, como Madre del Verbo humanado Redentor, omnipotencia recibida suplicante. Es la suprema intercesora, asunta en cuerpo y alma, gloriosa medianera desde el cielo a favor de todos y de cada uno de los hombres. Ella nos conoce individualmente y por cada uno ruega. Y fue al pie de la Cruz, cuando María, la Madre de todos, inició su poderosa, única y suprema capacidad de intercesión, desde la vertiente de la pura criatura humana, por todos, singularmente por los pecadores.

No sé si han caído ustedes en la cuenta de una importante mención contenida en el anuncio del ángel Gabriel a la Virgen María en el momento de la Anunciación. Le anunció que su Hijo heredaría "el trono de David", sería el sucesor de David en el nuevo reino del Mesías. "Le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin" (Lc 1,32-33). Ahora bien, en el reino de David existía un protocolo regio, en virtud del cual la Reina Madre tenía reconocida la función de ser la intercesora del pueblo ante el rey. Privilegio del que carecía la reina esposa (1 Reg, I-II). Reinaba David. Cuando Betsabé, Reina esposa, se presentaba ante el Rey, se inclinaba y prosternaba ante David. Pero cuando Betsabé, Reina madre, se presentaba en la sala del trono ante su hijo Salomón, era éste, el Rey, quien bajaba del trono, se humillaba y prosternaba ante su madre y le decía: "Pídeme, madre mía, que yo no te negaré nada", lo que quieras, está de antemano concedido (1 Reg 2, 19-20). En el nuevo reino davídico, en el reino eterno de Jesús, es María la Reina Madre y es Jesús el Rey que secunda las peticiones de su santísima Madre, a la cual, desde el trono de la

cruz, encomendó el cuidado de todos y de cada uno de los hombres en la persona de Juan, el discípulo amado de Jesús.

Dos miradas desde la cruz

Llego al final de este pregón, que con la fidelidad debida a su sagrado motivo he canalizado por la vía del sermón, género de la oratoria sagrada, que debe seguir ocupando el puesto principal que la exposición de la fe católica, la entera salud espiritual del pueblo cristiano y las circunstancias de época exigen. He hablado antes de la permanencia de las palabras del Señor y en particular de la permanencia de la palabra, del sermón de la cruz. Quiero ahora, al concluir, recordar otra permanencia. La permanencia de las miradas del Señor, de dos de sus miradas desde la cruz. La que dirigió a su bendita Madre dolorosa, y la que fijó en su Apóstol Juan. También ahora y siempre, no ya desde el patíbulo de la cruz, sino desde el trono de su divinidad, mira el Señor a su Madre glorificada, para que como intercesora, como Medianera universal, siga a su vez mirando a todos los hombres, singularmente a sus hijos fieles y de modo muy particular a nosotros, los pecadores. Mirada materna de María que se ve continuamente acompañada sostenida por la filial mirada redentora del Señor, que en Juan miró con divina caridad justificante, desde el árbol de la cruz, a todos nosotros.

Per crucem ad lucem. Es la cruz el camino de la luz. Desde la cruz Jesús sigue proclamando el "Yo soy la luz del mundo". Todos estamos gratamente obligados a no debilitar esa luz, a no desvirtuar la cruz de Cristo (1 Cor1, 17), que si parece necedad para quienes intentan eliminarla, es sabiduría y poder y perdón de Dios para quienes a ella se acogen y la alzan, como hacen ustedes con nuestros Cristos y nuestras vírgenes en las devotas procesiones de esta Semana Santa.

Quiero terminar con un ruego fraterno. Os ruego que mantengáis y acrecentéis el fervor de vuestras cofradías; que depuréis, si es necesario ese fervor acrecentado; y que la Semana Santa de Huéscar siga siendo un testimonio agradecido al Señor que nos ha redimido y una promesa a su santísima Madre, dolorosa ayer en el Calvario y hoy y siempre glorificada en cuerpo y alma junto al trono del Verbo de Dios encamado y glorioso en el seno eterno de la beatísima Trinidad.

Angariaverunt (Mt 27,32). Pretérito perfecto del verbo latino "angariare", derivado del verbo griego, de origen persa, "angaréuo". Significaba el poder administrativo o derecho, que tenía todo correo oficial regio, encargado de llevar correspondencia o transportar oficialmente materiales, de requisar medios materiales y de exigir servicios o prestaciones personales a cualquier individuo para facilitar o acelerar el cumplimiento de la orden real recibida. En este caso, el tribuno romano, jefe de la escolta del divino condenado, impuso a Simón la carga de la cruz para no retrasar la crucifixión del Salvador.